

LANZA GONZÁLEZ, Henar: *Wittgenstein. Los límites de nuestro lenguaje son los límites de nuestro mundo*, Editorial RBA, Colección “Aprender a pensar”, Madrid, 2016, 200p.

Con ocasión de recopilar las grandes cuestiones que la filosofía ha intentado dotar de respuesta durante la historia, la editorial RBA ha lanzado una colección de sesenta obras. Cada una de estas obras es un análisis que, entre un afán divulgativo y el rigor académico, se centra en un filósofo. De manera general, esta colección ofrece un panorama en torno a preguntas fundamentales de la condición humana, a saber, cómo tenemos que comportarnos y organizarnos, cuál es el sentido de la vida, qué podemos conocer, si es posible la justicia, qué es la verdad, etc.

*Wittgenstein. Los límites de nuestro lenguaje son los límites de nuestro mundo* es el estudio que ofrece Henar Lanza González. Además de ilustraciones que sirven a situar y simplificar el pensamiento de Ludwig Wittgenstein (1889-1951), así como cuadros temáticos que ayudan a una comprensión comparativa, este volumen cuenta con una introducción (pp. 7-18) y cuatro capítulos: el primero, “El problema de la representación” (pp. 19-56); el segundo, “El análisis lógico del lenguaje” (pp. 57-88); el tercero, “Las limitaciones positivistas y los juicios de valor” (pp. 89-118); y, el cuarto, “La función terapéutica de la filosofía” (pp. 119-152). Rematan el libro un glosario de términos nodales (p. 153) y un apartado en que el autor recomienda obras sobre Wittgenstein (p. 155).

Una de las características más curiosas, a mi parecer, es la diferenciación entre el primer Wittgenstein y el segundo Wittgenstein teniendo en cuenta, respectivamente, el *durante* y el *después* de la Primera Guerra Mundial. El filósofo se presenta como un autor bifurcado que desarrolló dos visiones del

---

Recibido: 17/12/2020. Aceptado: 22/12/2020.

mundo y del lenguaje que le convirtieron en un imprescindible para entender, no solo el siglo xx, sino también los derroteros filosóficos que protagonizan este siglo xxi. No en vano, corrientes actuales fundamentales tales como el empirismo lógico, el movimiento analítico, la teoría de los actos de habla y comunicativa, los desarrollos contemporáneos de la filosofía de la mente y de la psicología, se deben en gran medida a este pensador de origen austríaco y nacionalidad británica.

La filosofía de Wittgenstein se expone, sobre todo, en la única obra que publicó en vida y cuyo título es una remisión al *Tratado teológico-político* (1670) de Baruch Spinoza, el *Tractatus logico-philosophicus* (1921), y en las *Investigaciones filosóficas* (1953) que vieron la luz gracias a la labor de sus discípulos más fieles. Ambos textos representan dos visiones diferenciadas y, según muchos estudios, antagónicas. El propio Wittgenstein confesó que sus primeras consideraciones no explicaban el comportamiento lingüístico real (p. 109) y, después de sus experiencias pedagógicas en la montaña austríaca, resolvió de *otra* manera, pragmática, el futuro desarrollo de la filosofía del lenguaje. Con las *Investigaciones filosóficas*, Wittgenstein se retracta de sus reflexiones anteriores y pasa a afirmar que el significado de las palabras está determinado, no por ninguna correspondencia directa con el mundo, sino por el uso dentro de una comunidad y de una determinada forma de vida. En suma, es la praxis lo que dota de sentido a las palabras (p. 110) y quedan firmemente cuestionados muchos de los ideales ilustrados. No obstante, ambas obras mantienen cierta continuidad que se explicará en líneas posteriores.

Se debe subrayar que, con el *Tractatus*, el objetivo primordial de Wittgenstein fue dar respuesta a las inquietudes filosóficas y las circunstancias históricas, sociales, políticas e intelectuales de su tiempo (p. 24). La Viena de principios del siglo xx vivía desgarrada entre su realidad y su representación: la ostentación del arte y la cultura vienesa no era más que el reflejo de una realidad ya inexistente, imágenes desactualizadas que obstruían el paso al verdadero retrato crítico de su decadencia (p. 26). Wittgenstein, pues, se puede considerar un compañero del escritor y periodista Karl Kraus (1874-1936) en la crítica social, pues el *Tractatus* puede leerse, sobre todo, como un intento de separar los hechos de los valores (p. 30). Tanto Kraus como Wittgenstein ridiculizaron uno de los legados más importantes de la modernidad, la idea de progreso, como un proceso hacia el perfeccionamiento de la humanidad. El intento de separar los hechos de los valores cobraría cuerpo gracias a las enseñanzas de *Las leyes fundamentales de la aritmética* (1893) de Gottlob Frege (1848-1925) y de los *Principia Mathematica* (1910) de

Bertrand Russell (1872-1970) y de Alfred North Whitehead (1861-1947), y que cristalizaría en la búsqueda y apuesta de un lenguaje ideal capaz de representar fielmente los hechos del mundo (p. 37). Ahora bien, aunque el *Tractatus* fue uno de los textos que más influyó en la configuración neopositivista del Círculo de Viena una vez se constituyó como colectivo en *La concepción científica del mundo: el Círculo de Viena* (1929), lo cierto es que, más pronto que tarde, se hizo patente que Wittgenstein no mantenía la actitud de desapego respecto a ir más allá de lo científico que mantuvieran los miembros más destacados del Círculo de Viena, tales como Hans Hahn, Moritz Schlick, Rudolf Carnap, Otto Neurath o Friedrich Waismann. Pronto quedó claro, pues, que Wittgenstein no era el positivista que estos autores habían esperado encontrar (p. 105).

Al igual que uno de sus tratados más admirados, *El mundo como voluntad y representación* (1819) de Arthur Schopenhauer (1788-1860), el *Tractatus* tiene una doble dimensión que acaba afirmando que la representación es insuficiente como modelo explicativo de la realidad. Así, si la primera parte del *Tractatus* ofrece una epistemología que se basa en una teoría pictórica del significado a través de la asunción de que el mundo y el lenguaje son isomórficos por compartir una misma estructura, la segunda parte convierte en protagonistas a los ecos ya casi pragmáticos de la séptima y última proposición, no exenta de misterio, “De lo que no se puede hablar, hay que callar” (p. 11), y se centra en lo inefable, ya sea de carácter ético, estético o religioso (p. 33). De hecho, una década después de haber terminado el *Tractatus*, Wittgenstein impartió una *Conferencia sobre ética* cuyo texto complementa y permite comprender mejor la última parte del *Tractatus* que, como se apuntó antes, puede verse como un puente, tal vez tímido pero implacable, con su visión posterior. Es más, Lanza González afirma que el *Tractatus*, a pesar de su lenguaje lógico, nace de una preocupación ética atravesada por la necesidad de establecer y marcar un límite entre aquello que podemos describir y aquello que sobrepasa la capacidad representativa de las palabras, y que no está supeditado a las limitaciones formales de la lógica ni a las de la ciencia (p. 56). Nótese que, en este sentido, tanto la lógica como la ética, así como el propio sujeto, no están en el mundo sino, más bien, constituyen su límite (p. 77). Y es que, aunque Wittgenstein considerara que la ética era un conjunto de enunciados carentes de sentido, la entronaba como lo más importante.

Las *Investigaciones filosóficas* es el texto, ya devenido clásico, en que Wittgenstein realiza de manera explícita el giro hacia su otra visión del mundo y de la manera de acercarnos a él. Tardó, más o menos, dieciséis

años. A través de un cuadro comparativo, Lanza González ilustra las grandes diferencias entre las *Investigaciones* y el *Tractatus*. En aquél, a diferencia de lo sostenido en este, lo inefable se considera como lo más valioso aquello por lo que debemos guardar silencio y la ciencia y su popularización se denuncian como si fueran un hechizo del que hay que exorcizarse.

Para terminar, me gustaría afirmar que un estudio que se precie sobre Wittgenstein no puede obviar la multiplicidad de sus facetas y la riqueza de su personalidad, así como el valor, cada vez más difícil de darse, de una sincera autorretractación. No solo las circunstancias que podríamos llamar contextuales, sino también algunos acontecimientos más personales hicieron de la vida de nuestro autor un viaje variopinto rodeado de desgracias. La guerra marcó su filosofía y siempre estuvo amenazado por la impresión de que debía buscar razones y actitudes que convirtieran su vida en algo valioso (p. 63). Antes de que cumpliera seis años, dos de sus hermanos se suicidaron, uno en Estados Unidos y otro en Berlín. También el físico austriaco Ludwig Boltzmann, con el que Wittgenstein quería estudiar, se quitó la vida, y esto un año después de que también se suicidara el autor de una de sus obras más leídas: Otto Weininger (pp. 16-17). No extraña, pues, que el propio Wittgenstein pensara más de una vez en el suicidio por considerar que estaba de más en este mundo (p. 47). Y, sin embargo, unas horas antes de caer en la inconsciencia que le conduciría a la muerte, pronunció unas palabras a todas luces inolvidables: mi vida ha sido maravillosa.

Ana Isabel Hernández Rodríguez